

El día del Señor

DIA DEL SEÑOR

Dice el Vaticano II: "La Iglesia, por una tradición apostólica que trae su origen del mismo día de la Resurrección de Cristo, celebra el misterio pascual cada ocho días, en el día que es llamado, con razón, día del Señor o Domingo" (S.C. Nro. 106).

Lo cierto es que esta tradición cristiana intenta, en su origen, superponerse a una tradición judía. Y no se trata simplemente de un afán de diferenciarse culturalmente. El sentido es mucho más profundo. Los cristianos hicieron de un día de trabajo —el que seguía al sábado— de descanso, el día del Señor. Y hasta el siglo IV, no celebraron el Domingo, sino que fueron edificando su comunidad mediante la celebración de la Eucaristía en un día de semana. Un día del hombre. Porque la historia de la salvación está injertada en la historia de la humanidad. En la que se vive los días de semana. Todos los días.

Y esto, coincidiendo con una línea renovadora del Antiguo Testamento. Ya que, en la historia de Israel, aparecen tres concepciones del día del Señor. La primera, como expresión del orden de la creación, situándose por encima de las culturas de recolectores y cazadores en las que se establecen largas temporadas de descanso o fiesta, de acuerdo con las constelaciones. En esta teología, que podríamos llamar "sacerdotal" el descanso tiene un sentido cultural.

La segunda concepción utiliza el séptimo día para recordar la liberación de Egipto y, en este aspecto recalca la acción liberadora de Dios frente a la dureza del trabajo. Pero, en la línea de los profetas, la celebración del Sábado aparece como signo de la Alianza, es decir, como expresión de la acción de

Dios en el tiempo de la historia. El culto verdadero está entonces en relación con lo que es la vida de todos los días. Una actitud ante los hambrientos, los desheredados, los castigados, etc.

En esta última línea sitúan las primeras comunidades el Día del Señor, eligiendo para constituirlo un día de trabajo, el siguiente al sábado. La esfera del Señorío de Cristo esperado para el fin de los tiempos, coincidía con la esfera de la vida diaria. No con un momento o un día "esperado". San Justino lo expresaría afirmando que "La nueva ley, exige que celebremos un constante Sábado" (día del Señor). La codificación posterior llevó a enmarcar el tiempo festivo de la Iglesia en el ritmo de la administración romana, con la prohibición de realizar trabajos serviles en Domingo.

TIEMPO LIBRE

Este tiempo libre, en el que se sitúa también la celebración religiosa, el espacio para Dios, va rodeándose poco a poco de una cierta aureola de misticismo, como símbolo del "más allá" celestial, frente a la carga y el sufrimiento del trabajo. Y, hasta la década del 70 se vive la ilusión, también en la sociedad civil, de que el aumento del tiempo libre, del ocio, constituía una conquista liberadora para el hombre.

Siendo objetivos, debemos admitir que este "aumento del tiempo libre" no existe realmente. Antes de la revolución industrial, un hombre no trabajaba más horas semanales de las que trabaja hoy un obrero, protegido por un convenio de trabajo y en naciones con situación económica normal. Pero además, un examen de ese "tiempo libre" nos deja constatar que una gran parte de él tiene que ser ocupado en actividades laborales su-

plementarias o preparatorias de las de todos los días. Su objetivo, en una sociedad que vive para la producción y el consumo es, simplemente, regenerar la mano de obra, compensar, para que no incidan en la producción, el agotamiento y los desequilibrios psíquicos.

Ni el fin de semana, ni las vacaciones, constituyen las más de las veces, ese "desenchufe" al que tantos aspiran.

DIA DEL HOMBRE

Así, poco a poco, el día del Señor se fue convirtiendo en el día del hombre lo cual no sería contradictorio si no implicara exclusión. Pero de día del hombre pasó a ser el día de los productos del hombre. Y, por eso, día más de la esclavitud del hombre y, consecuentemente, del alejamiento de Dios.

Los ofrecimientos de tours y diversiones con oportunidad de la Semana Santa constituyen una prueba de la ambigüedad de los días festivos cristianos designados como "días del Señor".



**Escúchame
cuando te invoco**

La realidad es que, para remontar la corriente, para retornar al valor y al sentido original del día del Señor, resulta indispensable recuperar el sentido creador y liberador del trabajo. Y todas las celebraciones cristianas, para serlo, deberán estar empeñadas en comprometer a sus participantes en una actitud redentora de las condiciones sociales oprimidas. Porque el objetivo deberá ser volver a unir estos dos aspectos de la actividad del hombre integral. El trabajo y el descanso. La dependencia y la libertad. La realización personal, la comunitaria. Y dicha integración no será posible mientras no estén "santificadas" en el sentido cristiano o "humanizadas" en su sentido y en su realidad, ambos aspectos de la actividad del hombre.

Se podrá pensar quizás que estamos presentando una utopía. Que no hay otra posibilidad que la del intento de "desenchufarse" periódicamente. Pero, acudamos a la experiencia. ¿Lo logramos realmente? Y si así es, ¿no suele suceder que cuando volvemos a "enchufarnos", la evasión lograda se convierte en una especie de peso y dificultad angustiante que se añade a la rutinaria del trabajo?

UNA CELEBRACION LIBERADORA

Muchos quieren que la santificación del Domingo consista en una especie de baño en agua tibia, en el recinto de los templos. Un momento de quietud, sin urgencia de compromiso y con posibilidades de volar en ilusiones. "Venimos a gozar de un momento de

paz", dicen. Pero es, efectivamente, paz, con minúsculas, paz de un momento.

Se olvida que nuestra celebración, específicamente cristiana, se centra en el esfuerzo de identificación con la "muerte" de Cristo que tiene sentido redentor y que marcha hacia la resurrección, como meta a la vez conseguida y propuesta por todos.

Aunque no podamos gozar de una celebración "liberada", es mucho mejor orientarla para que resulte liberadora que injertarla en el orden de la evasión.

Así, a pesar de la carga de muchas

circunstancias concretas, que en nuestro mundo convierten toda actividad humana en algo doloroso y esclavizante, estaremos marchando, peregrinando, hacia la liberación que pueda restablecer las relaciones fraternales, que nos permitan comunicarnos realmente con el Dios presentado por Jesucristo. Celebraremos un día del Señor, pero viviremos todos los días, "el día del Señor".

JOSE G. MARIANI
Presbítero
Parroquia Ntra. Sra. del Valle



Extractado
del diario
"La Voz del
Interior"
(Córdoba)

dulces
Orieta

Gorriti y Rivadavia - Villa Allende (5105)
Tel. 93-1004/93-1271 - Sierras de Córdoba